



NANCY ISENBERG

WHITE TRASH

[escoria blanca]

Los ignorados 400 años de historia de las clases sociales estadounidenses

Capitán Swing®

WHITE TRASH

[escoria blanca]

Los ignorados 400 años de
historia de las clases sociales
estadounidenses

NANCY ISENBERG

Traducción de
Tomás Fernández Aúz

Capitán Swing 

*En recuerdo de
Gerda Lerner y Paul Boyer*

Nota del traductor

Dado que muchas de las palabras jergales aquí empleadas no tienen correspondencia en nuestra lengua, la dificultad de traducir al castellano las voces —fundamentalmente despectivas, pero también descriptivas— de la cultura popular estadounidense aconseja ofrecer al principio un breve vocabulario de las equivalencias utilizadas. Si en algunos casos doy más de una traducción y apunto más a un semema que a una paridad unívoca es porque, además de permitir la unificación de términos y su cotejo con los originales, la siguiente lista debe orientar al lector en la comprensión general del libro, ya que en función de los contextos ha sido preciso optar por diferentes variantes de traducción. En efecto, las voces estadounidenses no solo están impregnadas de un conjunto de connotaciones culturales imposibles de encerrar en un solo vocablo, también denotan en algunos casos más de una característica, y con el paso del tiempo o en diferentes situaciones el hablante nativo puede resaltar uno u otro de esos aspectos. Por ejemplo, *redneck* se refiere en principio al campesino blanco del Sur de Estados Unidos, pero por extensión puede aplicarse denigratoriamente a cualquier

individuo falto de cultura o refinamiento en opinión de quien le categoriza. Espero que este mínimo «diccionario» constituya una buena ayuda:

clay-eater: comearcillas.

cracker o *corncracker*: mascamazorcas (también bribón, pícaro, bergante, zarrapastroso...).

hillbilly: rústico, cateto, pueblerino.

lubber: patán, palurdo.

mudsill: pies de barro.

piney: morador de los pinares.

redneck: destripaterrones, paleta, campesino blanco pobre, gañán sureño.

rubbish: basura, desperdicios.

sandhiller: habitante de los médanos.

tar-heel: talón de brea.

trailer trash: barreduras de remolque, caravanero tirado, carne de furgoneta.

waste people: morralla humana.

waste: despojo, morralla; referido a la tierra: páramo o tierra yerma.

wasteland: erial o tierra baldía.

white trash: escoria blanca, es decir, el conjunto de la población blanca más desfavorecida de Estados Unidos y, por extensión, «persona pobre» en general, con sus obvias intersecciones de raza, género, etcétera.

TOMÁS FERNÁNDEZ AÚZ

Prefacio

Una de las películas más memorables de todos los tiempos es *Matar a un ruiseñor*, estrenada en 1962. Se trata de un retrato clásico de las secuelas que ha dejado la esclavitud y la segregación racial en el Sur de Estados Unidos. Hace más de dos décadas que examino en mis clases el contenido de ese filme, que también es una de las cintas favoritas del presidente Obama. Sin embargo, cuando lo paso en el aula (por mucho que también hayan podido verlo en el instituto), a lo que asisten mis alumnos, y por primera vez en su vida, es a un drama cuyo argumento no solo contiene un mensaje inquietante, sino dos.

Uno de los argumentos habla de un hombre de principios, el valiente abogado Atticus Finch, que se niega a perpetuar el doble rasero racial: pese a saber que va a encontrar una fuerte oposición, acepta defender a un afroamericano llamado Tom Robinson al que se le acusa de haber violado a Mayella Ewell, una chica blanca muy pobre. Aunque el tribunal dictamine la culpabilidad de Robinson, el espectador sabe que es inocente. El reo es un hombre honrado que trabaja de sol a sol y cuya talla personal es muy superior a la de la degenerada familia de sus

acusadores: los Ewell. La desaliñada Mayella se siente acobardada por su padre, que la intimida con modales de matón. Este, que responde por Bob Ewell, es un hombre escuálido al que siempre vemos embutido en un mono de trabajo y que carece de todo mérito o virtud moral. Bob Ewell exige que el jurado, integrado exclusivamente por varones blancos, se ponga de su parte, cosa que al final consigue. Insiste en que le ayuden a vengar el honor de su hija. No contento con saber que alguien ha matado a Robinson cuando intentaba fugarse de la prisión, Bob agredirá además a los dos hijos de Atticus Finch en la noche de Halloween.

El nombre completo de Bob Ewell es Robert E. Lee Ewell. Pero no se trata del heredero de ninguna de las familias aristocráticas del Viejo Sur. Según la descripción que nos ha dejado Harper Lee, la autora de la novela que dio pie a la película, los Ewell forman parte de los más pobres de entre los pobres, de aquellos cuya miseria no hay fluctuación económica que pueda disminuir o agravar —ni siquiera la Gran Depresión—. Son escoria humana. Así lo afirma en el texto la propia escritora: «Ningún agente del orden era capaz de sujetar a su numerosa descendencia en la escuela; ningún sanitario podía librarles de sus defectos congénitos ni de los diversos gusanos y enfermedades endémicas de los ambientes sucios». Viven detrás del basurero municipal, en cuya porquería rebuscan a diario. La ruinoso chabola que les sirve de casa había sido en otra época «una choza de negros». Y como hay inmundicias por todas partes, la barraca parece «la casa de muñecas de un chiquillo demente». No hay nadie en todo el vecindario

capaz de determinar cuántos críos viven en ese lugar: unos dicen que nueve y otros solo aventuran seis. Para los habitantes del pueblecito de Maycomb, en Alabama, los hijos de los Ewell eran simples «mocosos de cara sucia que se asomaban a las ventanas cada vez que alguien pasaba por allí».[1] Los Ewell responden inconfundiblemente a la imagen de lo que los estadounidenses del Sur (y un montón de gente más) denominan «escoria blanca».[2]

Sus actuales compatriotas todavía conservan una visión tan estrecha como sesgada de la escoria blanca. Uno de los símbolos más contundentes y familiares de las actitudes retrógradas que se asocian con este grupo social desfavorecido es el que mostraron los periódicos y las cámaras de televisión en 1957 al captar el enfurecido rostro de los blancos que protestaban en un acto de integración escolar que tuvo lugar en Little Rock, Arkansas. En 2015, varios manifestantes cubiertos de tatuajes del Ku Klux Klan decididos a defender la bandera confederada frente al Parlamento de Charleston, en Carolina del Sur, exhibieron también sentimientos similares, demostrando así la persistencia de un bochornoso fenómeno social. El prestigio de Paula Deen, la popular presentadora del canal de televisión de pago estadounidense Food Network, nacida en Georgia y famosa por sus recetas impregnadas de colesterol, cayó repentinamente en picado en 2013, al revelarse que usaba la «palabra con N».[3] Prácticamente de la noche a la mañana, su reputación de sureña presentable se fue al garete, y acabó marcada con el estigma reservado a los paletos más burdos y menos refinados. En el extremo opuesto, se ha regalado la vista y

el oído de los telespectadores con refritos de personajes de vodevil como el de Jefferson Davis Hogg, alias «Boss», en *El sheriff chiflado* (1979-1985),^[4] cuyas reposiciones han perdurado nada menos que hasta el año 2015,^[5] fecha en la que se dejaron de emitir debido a que en el coche (conocido como «General Lee») de dos de sus protagonistas, Bo y Luke Duke, se había pintado la bandera confederada. El título mismo de esta serie es un juego de palabras relacionado con la identidad de clase, ya que los Duke son gente pobre de las montañas de Georgia dedicada entre otras cosas al contrabando de alcohol, pero su apellido se asocia con la realeza inglesa.^[6]

Con todo, estas instantáneas tipológicas de la escoria blanca nos ofrecen una imagen incompleta de un problema que en realidad es muy antiguo y que generalmente pasa desapercibido. En sus charlas sobre acontecimientos virales como los reseñados más arriba, los estadounidenses no dan ninguna muestra de percibir las diferencias de clase, más allá de una simple constatación superficial. A la cólera y la ignorancia se superpone la compleja historia de una identidad de clase fraguada en el remoto periodo colonial de Estados Unidos sobre la base de las nociones de pobreza traídas de Gran Bretaña. En muchos sentidos, el sistema de clases de Estados Unidos se ha ido gestando al hilo de la evolución de los argumentarios políticos empleados para despachar o demonizar (y de cuando en cuando reivindicar) a esos marginados rurales aparentemente incapaces de incorporarse a la corriente dominante de la sociedad.

Por consiguiente, los Ewen no son simples figurantes del drama histórico de Estados Unidos. Su trompicada peripecia arranca con el siglo XVI, no en los albores del XX. Es una emanación de las políticas coloniales británicas enfocadas al reasentamiento de los pobres, una consecuencia de un conjunto de decisiones llamadas a condicionar los conceptos de clase estadounidenses y a dejar una huella indeleble en su cultura. Conocidos en un principio con el nombre de «morralla del Nuevo Mundo» y más tarde con el de «escoria blanca», los estadounidenses socialmente arrinconados acabarían padeciendo el estigma de su inadaptación al sistema de la productividad, de su falta de propiedades o de su incompetencia como progenitores de hijos sanos y aptos para ascender en la escala social; o dicho de otro modo: aparecen carentes del sentido del medro personal que constituye la base del sueño americano. Y la solución que se ha dado en Estados Unidos a la pobreza y el atraso social no ha sido precisamente la que quizá hubiera cabido esperar. Bien avanzado el siglo XX, la expulsión de los parias o incluso su esterilización eran propuestas que se antojaban racionales a juicio de quienes ansiaban reducir la losa que representaban «los perdedores» para el conjunto de la economía.

En el desarrollo de las actitudes de la sociedad frente a estas personas indeseables, las expresiones lingüísticas más espeluznantes son tal vez las propias de mediados del siglo XIX, ya que en ese periodo los campesinos blancos pobres eran arrojados al saco categorial de los seres inferiores a la raza blanca, debido a que su misma piel

amarillenta, unida a su enfermiza y achacosa descendencia, denunciaba su condición de ralea extraña y ajena. Los términos «morralla» y «escoria» se revelan cruciales para comprender, siquiera mínimamente, el carácter de este impactante y persistente vocabulario. Estados Unidos ha sido siempre, en toda su historia, un sistema de clases. No se trata únicamente de que el uno por ciento de su población sea la que dirija el país ni de que esa exigua élite de privilegiados cuente con el apoyo satisfecho de la clase media: si queremos explicar la identidad de la nación no podemos seguir haciendo caso omiso de las capas estancadas y desechables de la sociedad.

Pobres, despojos, basura...; sea cual sea la etiqueta que se les haya asignado, los integrantes de este estrato social se han situado invariablemente en la vanguardia de las contiendas políticas más pedagógicas de Estados Unidos. En la época del asentamiento colonial, sus componentes actuaron a un tiempo como peones útiles y levantiscos agitadores —una pauta conductual llamada a perdurar entre las masas de emigrantes desposeídos que se dedicarían a ocupar tierras tanto en las regiones del oeste como en el conjunto del continente—. Los blancos pobres del sur no solo tuvieron un papel muy destacado en el ascenso del Partido Republicano de Abraham Lincoln, también intervinieron en la gestación del clima de desconfianza que determinaría que las inquinas acabaran impregnando las capas más empobrecidas de la Confederación en la época de la Guerra de Secesión estadounidense. Durante el periodo de la Reconstrucción,^[7] la escoria blanca constituyó una peligrosa anomalía y un

punto discrepante en los esfuerzos tendentes a refundar la Unión. Y en las dos primeras décadas del siglo xx, coincidiendo con el florecimiento del movimiento eugenésico, sus miembros pasaron a formar la clase degenerada a la que apuntaban los programas de esterilización. La otra cara de la moneda es que los blancos pobres se beneficiaron de los empeños rehabilitadores del New Deal y la Gran Sociedad de Lyndon B. Johnson.[8]

Una y otra vez, la presencia de la escoria blanca nos recuerda una de las más incómodas verdades nacionales de Estados Unidos: que sigue habiendo pobres entre nosotros. La zozobra que induce a penalizar a las personas blancas sumidas en la pobreza revela la existencia de una molesta tensión entre las promesas de país que se inculcan a los estadounidenses —es decir, el sueño de la movilidad social ascendente— y la mucho menos atractiva realidad de que las barreras de clase determinen casi invariablemente que ese sueño resulte inalcanzable. Como es obvio, la encrucijada en la que la raza y la clase se intersectan continúa siendo uno de los factores que influyen innegablemente en el conjunto de la situación.

El estudio que aquí presento revela la existencia de una compleja herencia. No se trata únicamente de que las capas sociales inferiores queden categorizadas con etiquetas despectivas en una franja temporal dada. Hace tiempo que uno de los sustratos inconscientes del credo nacional de Estados Unidos viene girando en torno a la racionalización de la desigualdad económica: se ha asignado a la pobreza el carácter de una realidad natural, y muchas veces se considera que es algo ajeno al control

humano. En consecuencia, los blancos pobres han sido clasificados en la categoría de las razas extrañas. O dicho de otro modo, la socialización deja de estar ligada con el cultivo de los modales o las competencias relacionales y queda vinculada con algo mucho más siniestro: la pervivencia de un legado impuesto. El lenguaje de clase que ha terminado aceptándose en Estados Unidos se articuló en su día en aquiescencia con la forma en que los británicos enfocaban la cuestión de los vagabundos y consagró una suerte de fijación trasatlántica con la cría de animales, su demografía y su pedigrí. Los pobres no solo se vieron tildados de meros despojos, también se los asimiló al ganado de mala calidad.

Con el paso de los años iría aflorando, junto a las familiares imágenes denigratorias, un conjunto de temas populistas. Sin embargo, esos temas no han llegado a tener nunca la fuerza necesaria para desvitalizar la hostilidad que se ha estado vertiendo sobre los blancos pobres del medio rural. En las últimas décadas, hemos asistido a la exacerbación de las pasiones tribales como consecuencia del redescubrimiento de las «raíces campesinas»,^[9] un movimiento estadounidense de orgullo identitario que tuvo mucho recorrido en las décadas de 1980 y 1990. Lo que ha espoleado esta recuperación de la identificación con el mundo rural no ha sido tanto una reacción a los paulatinos cambios de sentido progresista que han venido registrándose en las relaciones raciales como la fascinación que en general ejerce actualmente la política identitaria. La idea de esa raigambre agreste implica que la clase social ha adquirido los rasgos (y el aspecto) de un legado étnico,

cosa que a su vez refleja el deseo moderno de no dar a la clase otro valor que el de un fenómeno cultural. Sin embargo, tal y como deja patente la popularidad que han alcanzado en los últimos años algunos programas de telerrealidad como *Duck Dynasty* o *Here Comes Honey Boo Boo*,^[10] el viejo lastre de estereotipos asociados con las personas de encaste genético supuestamente irremediable continúa saturando la noción de escoria blanca en el siglo XXI.

Hay una gran cantidad de personajes célebres y no tan célebres que participan de la larga y baqueteada saga de las razas inferiores estadounidenses. De entre ellos destacan Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, Davy Crockett, Harriet Beecher Stowe, Jefferson Davis, Andrew Johnson, William E. B. Du Bois, Theodore Roosevelt, Erskine Caldwell, James Agee, Elvis Presley, Lyndon Baines Johnson, James Dickey, Billy Carter, Dolly Parton, William Jefferson Clinton y Sarah Palin, por mencionar solo a unos cuantos. El examen de sus ideas, de su cambiante imagen pública y de los vuelcos de su propia concepción de sí nos ayudará a comprender mejor la curiosa y compleja historia de la identidad de clase de los estadounidenses.

Queda, por tanto, claro que este libro aborda un gran número de relatos. Uno de ellos es el de la relevancia del pasado rural de la nación. Otro, que probablemente sea el más importante, pone el dedo sobre la llaga que más difícil nos resulta asumir, como pueblo, a los propios estadounidenses: el de la omnipresente realidad de una jerarquía de clases en nuestro país. El ensayo se abre y concluye con un análisis de los conceptos de «tierra» y

«propiedad», ya que la identidad de clase y el significado material y metafórico de la «tierra» son nociones estrechamente vinculadas. Durante buena parte de la historia de Estados Unidos se ha dado en considerar que las malas clases eran productos de la mala tierra, la que aparece cubierta de maleza, se revela estéril o no pasa de ser un páramo pantanoso. La propiedad de una casa sigue siendo en nuestros días uno de los elementos que miden el grado de movilidad social de un país.

Empecé a interesarme en este tema en la escuela de posgrado, en la que tuve la fortuna de trabajar con dos académicos notables cuyo enfoque de la historia estaba llamado a moldear mi propia carrera profesional de un modo muy significativo. A Gerda Lerner, mi directora de tesis, le apasionaron siempre los trabajos enfocados a la desmitificación de las ideologías y supo imbuirme del sano recelo que produce la constatación de los límites de las creencias populares. Paul Boyer fue un historiador y un intelectual capaz de abarcar una asombrosa gama de conocimientos y de describir con tanta sutileza como ingenio las características constitutivas de la Nueva Inglaterra puritana, las ideas de los reformadores morales decimonónicos y los credos de los fundamentalistas religiosos del siglo xx. La pequeña población fronteriza de San Benito, en Texas, también concentra muchos de los elementos que explican que estas cuestiones me interesen tanto. En ella vino al mundo mi madre. Su padre, John MacDougall, fue un colono moderno que atrajo a personas venidas de Canadá y logró que se asentaran para cultivar la tierra.

Varios amigos y colegas han aportado contribuciones que se han revelado cruciales para la elaboración de este libro. Quiero expresar mi gratitud a todos cuantos leyeron algún capítulo, me ofrecieron sugerencias o me indicaron fuentes de consulta: Chris Tomlins, Alexis McCrossen, Liz Varon, Matt Dennis, Lizzie Reis, Amy Greenberg y mi colega de la Universidad Estatal de Luisiana Aaron Sheehan-Dean. Lisa Francavilla, directora editorial de *The Papers of Jefferson: Retirement Series*, Charlottesville, Virginia, me hizo notar la existencia de una valiosa carta; y Charles Roberts compartió amablemente conmigo un decisivo artículo periodístico sobre la comunidad de Palmerdale en Virginia, dedicada al reasentamiento de familias con dificultades económicas. La directora de la Editorial Viking, Wendy Wolf, que tiene sus raíces familiares en Nueva Orleans, ha realizado una labor clave, ya que ha conseguido centrar la argumentación y pulir mi prosa. Wendy ha dedicado una extraordinaria cantidad de tiempo y una cuidadosa atención al manuscrito, que ha revisado con excelente celo profesional; sus juiciosas correcciones han suavizado las aristas de esta compleja historia y han conseguido que el texto sea mucho más asequible para el lector, demostrándome con ello que el rigor académico no tiene por qué reducir la accesibilidad. Y sobre todo tengo una deuda de gratitud con Andy Burstein, mi más querido confidente y colega historiador, cuyo ojo crítico ha permitido mejorar mucho el presente libro.

[1] Harper Lee, *To Kill a Mockingbird*, HarperCollins, Nueva York, 1960; edición de aniversario de 1999, pp. 194-195. [Hay traducción castellana: *Matar a un ruiseñor*, Planeta, Barcelona, 1984. (*N. del T.*)].

[2] *White trash* en el original. (*N. del T.*)

[3] Eufemismo por *nigger*, término despreciativo con el que se agravia a los afroamericanos. (*N. del T.*)

[4] También conocida con los títulos de *Los Dukes de Hazzard* y *Los Dukes de la Suerte* en Latinoamérica. (*N. del T.*)

[5] Esas reposiciones se conocieron en España con el título de *Dos chalados y muchas curvas*. (*N. del T.*)

[6] Véanse las doce fotos que aparecen en «KKK Rallies at South Carolina Statehouse in Defense of Confederate Flag», NBC News, 19 de julio de 2010; junto con «Paula Deen: “Why, of Course, I Say the N-Word, Sugar. Doesn’t Everybody?”», Thesuperficial.com, 19 de julio de 2013. Para más información sobre el hecho de que se tildara a Deen de «basura blanca sesentona, caravanera tirada, retrógrada de mierda y pinchaúvas de campo recocida», véase «Paula Deen’s Southern-Fried Racist Fantasies», *The Domino Theory by Jeff Winbush*, 20 de junio de 2013.

[7] Periodo de la historia estadounidense comprendido entre los años 1863 y 1877. En este caso, más que a la historia global del país tras la Guerra de Secesión, se aplica al intento de transformación de los once antiguos estados confederados que impulsó el Congreso. (*N. del T.*)

[8] *New Deal*: conjunto de medidas económicas aplicadas por Franklin D. Roosevelt entre 1933 y 1940. *Great Society*: batería de programas reformistas del bienio 1964-1965 encaminados a la eliminación total de la pobreza y la injusticia racial. (*N. del T.*)

[9] Entiéndase «raíces paletas», aunque el tono no coincida necesariamente con el que tiene dicho término en Europa. Debe tenerse en cuenta que, según las tesis del texto, existe en Estados Unidos una cierta tendencia a considerar que algunas de las expresiones despectivas asociadas con la etnia, la pobreza, la vida en el bosque, etc., son verdaderos timbres de honor. (*N. del T.*)

[10] No emitido en España. Narra las vicisitudes de la familia de Alana Thompson, una chica conocida con el mote de «Honey Boo Boo» que participa en un concurso de belleza infantil. (*N. del T.*)

WHITE TRASH

[escoria blanca]

Los ignorados 400 años de
historia de las clases sociales
estadounidenses

WHITE
TRASH

INTRODUCCIÓN

Las fábulas que echamos al olvido

Todos sabemos lo que son las clases sociales. O eso pensamos al decir que se trata de la estratificación económica derivada de la riqueza y los privilegios. El problema es que, por lo común, la narrativa de la historia popular de Estados Unidos apenas hace referencia a la existencia de las clases sociales. Es como si, al separarse de Gran Bretaña, Estados Unidos se hubiera zafado, poco menos que por arte de magia, del grillete de las clases y accedido a una suerte de conciencia superior repleta de fértiles posibilidades. A fin de cuentas, el Senado estadounidense no es la Cámara de los Lores. Los libros de texto enseñan a los escolares un relato nacional cuya argumentación se basa en «cómo se ganó la tierra y la libertad» o en «las vías que permitieron que la gente corriente aprovechara sus oportunidades». El reverenciado sueño americano es algo así como el patrón oro con el que tanto los políticos y los votantes han de valorar la calidad de vida, ya que cada generación ha de entregarse a la procura de lo que ella misma defina como felicidad, sin

verse en ningún momento sujeta a las trabas del nacimiento (es decir, el nombre o la reputación de los padres) o el rango (el punto de partida que le toca a uno en el seno del sistema de clases al venir al mundo).

Nuestros más acariciados mitos contribuyen a un tiempo a enardecernos y a debilitarnos. El lema «Todos los hombres han sido creados iguales» se ha utilizado con gran éxito para acotar la promesa implícita en los vastos espacios abiertos de Estados Unidos y definir la autoestima moral de un pueblo unido que se afirma distinto de la legión de sociedades extranjeras despojadas de toda esperanza de redención política. Los principales promotores de la idea de América presentaron sus planteamientos con mucho aplomo y ofrecieron la visión de una república moderna capaz de revelarse revolucionaria en términos de movilidad social en un mundo dominado por las monarquías y las aristocracias prefijadas.

Todo esto resulta estimulante. Sin embargo, la pedestre realidad era, y sigue siendo, considerablemente distinta. Lo que hicieron los colonos británicos fue promover —en un sentido perfectamente literal, como veremos— un doble plan de acción: el primero pasaba por reducir la pobreza en Inglaterra, y el segundo consistía en trasladar a la población ociosa e improductiva al Nuevo Mundo. Tras el asentamiento, los puestos coloniales avanzados comenzaron a explotar a los trabajadores no libres (criados contratados, esclavos y niños), y no encontraron inconveniente en considerar que esas clases prescindibles constituían un verdadero despojo humano. Sin embargo, esos pobres, esos desechos, no desaparecieron, de modo

que a principios del siglo XVIII pasaron a formar parte de una casta permanente. Esta forma de clasificar a los fracasados se consolidó en Estados Unidos. Todos los periodos de la cacareada historia del desarrollo del continente norteamericano muestran su particular taxonomía de morralla humana, es decir, de gentes tan indeseables como irrecuperables. Y, a su vez, cada uno de esos periodos dispone de medios propios para situar lejos del ideal convencional su versión de lo que es la escoria blanca.

Al concebir las clases inferiores como «castas» incurables e irreparables, este estudio replantea las relaciones entre raza y clase. Además de su intersección con la raza, la clase social cuenta por sí sola con una pujante dinámica propia y singular. Dicha dinámica arranca con los ricos y contundentes significados asociados con las distintas designaciones atribuidas a las clases marginales estadounidenses. Mucho antes de que se acuñaran expresiones como «barreduras de remolque» o «destripaterrones blanco», ya se llamaba «palurdos», «basura», «comearcillas» y «mascamazorcas» a este mismo tipo de personas (y con esto no hacemos más que arañar la superficie del problema).

Para que el lector no malinterprete el objetivo de la presente obra, quiero dejar meridianamente clara una cuestión: lo que hago al reinterpretar la experiencia histórica de Estados Unidos en términos de clase es poner de manifiesto una serie de cuestiones que, siendo relativas a la identidad estadounidense, tienden a pasarse por alto con excesiva frecuencia. Pero con esto no me limito a

señalar simplemente las nociones erróneamente comprendidas en épocas pasadas, también me propongo ofrecer una mejor percepción de las persistentes contradicciones que siguen activas en la moderna sociedad estadounidense.

¿Cómo acierta a explicar una cultura que tiene en alta estima la igualdad de oportunidades la persistente existencia de personas marginadas? O mejor aun, ¿cómo se las ingenia para amoldarse a su presencia? Los estadounidenses del siglo XXI han de hacer frente a este inalterable enigma. Debemos reconocer que existen efectivamente clases marginadas. Viven entre nosotros desde que los primeros colonos europeos hollaron nuestras costas. Y no puede decirse que constituyan una parte poco significativa de la vasta demografía nacional de nuestros días. Una de las cuestiones clave sobre las que este libro se propone arrojar alguna luz es la vinculada con la solución de ese rompecabezas, ya que solo así lograremos entender por qué los blancos pobres han acabado por convertirse en la personificación misma de esta tensión.

En Estados Unidos, el lenguaje y el pensamiento de clase encuentran su punto de partida en la obligada huella dejada en su suelo por la colonización inglesa. El vocabulario que emplearon las generaciones británicas de los siglos XVI y XVII que concibieron por primera vez la explotación a gran escala de los recursos naturales de Norteamérica se hallaba a medio camino entre la descripción útil y la cruda imaginaria. No se paraban en barras ni se permitían lindezas conceptuales. La idea de la colonización debía venderse a los inversores, siempre

recelosos, de modo que la implantación de las colonias americanas del Nuevo Mundo debía contribuir a materializar las metas del Viejo. Apostando a lo grande, los promotores de aquel proyecto prefirieron no imaginar América como un Edén de oportunidades, sino como un gigantesco montón de escombros susceptible de ser transformado en un solar productivo. Se procedería a descargar en el Nuevo Mundo el sobrante de Inglaterra, es decir, sus gentes fungibles (su morralla humana). Su fuerza de trabajo produciría sus frutos en un remoto terreno baldío. Por duro que parezca, la población pobre condenada a la apatía, la hez de la sociedad, sería sencillamente enviada allá a fin de esparcir el estiércol y perecer en un yermo lodazal. Antes de adornarse del quimérico marbete de «ciudad encaramada en la cima de un monte»,^[11] América era a los ojos de los aventureros del siglo XVI un páramo pestilente y cubierto de maleza, un «sumidero» únicamente apto para plebeyos mal criados. No obstante, estas sombrías imágenes del Nuevo Mundo aparecían flanqueadas por otras más seductoras. Al pintar el continente norteamericano con los tonos de un paisaje rico y fecundo, los primeros promotores ingleses incurrieron en burdas exageraciones, quizá deliberadamente. Como es obvio, en la mayoría de los casos se afanaban en describir unas tierras que jamás habían alcanzado a ver. Era preciso convencer tanto a los cautelosos inversores como a los funcionarios del Estado de que les convenía lanzarse a una peligrosa aventura ultramarina. Con todo, lo más importante era resaltar que se trataba de un espacio al que

podrían enviar, como si se tratara de una mera exportación, a su propia población marginada.

La idea de una América concebida como la «gran esperanza del mundo» vino mucho después. La memoria histórica ha camuflado los orígenes menos nobles de ese continente al que acabaría asignándosele la etiqueta de «tierra de los hombres libres y hogar de los valientes». Todos sabemos qué tipo de imágenes nos acuden a la mente cuando los patriotas actuales tratan de confirmar que su país es y ha sido siempre un espacio «excepcional»: nos representamos a los modestos padres peregrinos que aprendieron a cultivar las plantas autóctonas gracias a la generosidad del indio, o aun a los caballeros de Virginia entregados al arte de agasajar a sus invitados en sus distinguidas fincas asomadas al río James. Tal y como se enseña la historia, los estadounidenses tienden a asociar las ciudades de Plymouth y Jamestown con sendos ejemplos de cooperación, no con la división de clases.

Y después de consolidada esa resbaladiza base, la idea general adquiere paulatinamente tintes cada vez más sentimentales, dado que, desde el punto de vista de la expansión del orgullo nacional, el desorden y la discordia no contribuyen a satisfacer ningún objetivo positivo. De entre todos los presupuestos relacionados con los inicios de la colonización, la clase es el elemento que más descuella, pese a que habitualmente prefiere ignorarse. Todavía hoy, la noción de que un día existió una amplia y ágil clase media hace las veces de bálsamo de Fierabrás y funciona como una cortina de humo. Nos aferramos al cómodo concepto de clase media, olvidando que no puede haber

clase media alguna sin presuponer la realidad de otra inferior. Solo de cuando en cuando se conmueven estos estereotipos, como ha sucedido recientemente, por ejemplo, al arrojar el movimiento Ocupa Wall Street una intensa y embarazosa luz sobre las vergüenzas del sector financiero y el grotesco abismo que separa al 1 por ciento de la población del 99 por ciento restante. Sin embargo, acto seguido los gigantes de la comunicación encuentran nuevas crisis y permiten que resurja la heredada indiferencia nacional hacia todo cuanto guarde relación con la clase social, dado que el asunto vuelve a quedar postergado en un segundo o tercer plano.

Ese imaginario pasado de una América desprovista de clases (o libre de ellas) es el que Charles Murray evoca en su libro titulado *Coming Apart: The State of White America, 1960-2010*, publicado en 2012. Para Murray, que a juicio de muchos es una autoridad en la materia, el factor que mantenía unida la vasta y fluida sociedad de 1963 era el hecho de que sus integrantes tuvieran la experiencia común de la familia nuclear. Cuando los estadounidenses de entonces veían en la televisión *The Adventures of Ozzie and Harriet*, el ciudadano medio creía estar viendo reflejada su propia vida en la pequeña pantalla.[12]

Nada podría ser más ajeno a la verdad. Incluso en sus inocentes inicios, la televisión siempre ha caricaturizado a la gente en función de los diferentes tipos de clase social. Para probar este extremo basta examinar algunos de los programas que también gozaban de popularidad en aquellos días felices: *Expreso a Petticoat*, de 1963, relataba el discurrir rural de la vida en el hotel Shady Rest y oponía